

*Actas del Coloquio Internacional Centenario  
de la Generación del 98. España y América*

# LA IRA Y LA QUIMERA

Eduardo Hopkins

Editor

## Capítulo 3



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

FONDO EDITORIAL 2001

Facultad de Letras y Ciencias Humanas  
Instituto Riva-Agüero  
Departamento de Humanidades

Primera edición: noviembre de 2001

*La ira y la quimera*  
*Actas del Coloquio Internacional*  
*Centenario de la Generación del 98*  
*España y América*

Carátula: Reynaldo Aguilar

Copyright © 2001 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza  
Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7410

Teléfono: 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso  
expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052001-3933

Derechos reservados  
ISBN: 9972-42-437-6

Impreso en Perú – Printed in Peru

---

# España y los Estados Unidos en el imaginario cultural hispanoamericano después de «El Desastre»

Carlos J. Alonso  
Emory University

El tema que me propongo abordar es el papel que jugó la categoría de los Estados Unidos en el discurso cultural hispanoamericano de fines de siglo, especialmente a partir de los acontecimientos históricos de 1898. Dicho de otro modo, lo que me interesa subrayar es la manera en que los Estados Unidos fueron incorporados, mediante un acto de apropiación simbólica, a la retórica cultural de la intelectualidad hispanoamericana. Si esta última aseveración rezuma un constructivismo discursivo es porque la historia de los intentos de definir a los Estados Unidos lo delata decididamente. Solo hay que examinar dos obras tan distantes en el tiempo una de la otra como *La democracia en América* de Tocqueville y el ensayo reciente *América* de Jean Baudrillard para percatarse de que existen unos Estados Unidos a la francesa, del mismo modo que hay unos Estados Unidos que son una construcción retórica que surge consecuentemente de la ensayística del mundo hispano. *El planeta americano* de Vicente Verdú, un libro que ganó el Premio Anagrama de Ensayo en 1996, se deja leer por momentos como una reescritura posmoderna y desapasionada del emplazamiento ético y estético de los Estados Unidos que hiciera José Enrique Rodó en su *Ariel*, y comparte con su famoso antecedente la tendencia exasperante a la generalización y a la condena disfrazada de elogio. La siguiente cita es típica:

De hecho, Estados Unidos es un país tan antiintelectual como «infantil», concebido y construido para un pueblo infantil [...] Los americanos apenas han exportado una idea intelectual, pero han conquistado a toda la chiquillería del planeta, y han distraído a la humanidad con artículos muy divertidos. Parecen infantiles a los ojos de Europa, pero son infantiles también por dentro. (Verdú 1996: 115-116)

Los Estados Unidos son invocados desde el contexto de lo hispánico con propósitos muy diversos, pero todos hermanados por la misma intención de definir lo propio mediante su recusa de lo opuesto. Como muestra, dos botones muy disímiles bastarán. En la conclusión de su libro de 1996 *La independencia de la América española*, Jaime E. Rodríguez no alcanza a sustraerse del impulso de comparar el devenir histórico de Hispanoamérica a partir de la independencia con el periodo homólogo en la historia de los Estados Unidos:

A diferencia de los Estados Unidos, que obtuvieron su independencia en 1783, a tiempo para beneficiarse de la insaciable demanda de sus productos, generada durante los veinte años de guerras europeas que siguieron a la revolución francesa de 1789, la América española alcanzó su emancipación después de que terminaron las guerras en Europa. Las nuevas naciones no sólo tuvieron que reconstruir sus destrozadas economías sino que también enfrentaron una falta de demanda de sus productos. De hecho, Europa y los Estados Unidos estaban ansiosos de inundar a la América española con sus propios artículos. Los nuevos países no gozaron de prosperidad durante sus años de formación, como sí ocurrió con los Estados Unidos. En vez de ello, las naciones hispanoamericanas tuvieron que enfrentar graves problemas internos y externos al tiempo que sus recursos disminuían cada vez más. (Rodríguez 1996: 291-292)

En el título seductor de una reciente antología de ensayos sobre el desarrollo de México y el Brasil, se advierte el mismo impulso comparatista: *Why Latin America Fell Behind* (Haber 1997). Se quedó atrás con respecto a quién, cabría preguntarse. El segundo ejemplo proviene de *La raza cósmica* del ministro cultural y filósofo mexicano José Vasconcelos, y es sorprendente por su dureza e intención autocrítica, aun cuando su propósito definitorio de lo hispanoamericano en contraposición con los Estados Unidos se mantiene intacto:

Reconozcamos que fue una desgracia no haber procedido con la cohesión que demostraron los del Norte; la raza prodigiosa, a la que solemos llenar de improperios sólo porque nos ha ganado cada partida de la lucha secular. Ella triunfa porque aduna sus capacidades prácticas con la visión clara de un gran destino. Conserva presente la intuición de una misión histórica definida, en tanto que nosotros nos perdemos en el laberinto de quimeras verbales. (Vasconcelos 1966: 31)

Pero, para entrar de lleno en el examen de la apropiación discursiva de los Estados Unidos por parte de los intelectuales hispanoamericanos finiseculares a partir del 98, me urge ampliar la discusión para identificar lo que a mi ver constituyen los parámetros fundamentales de la tradición retórica hispanoamericana, pues solo entonces adquirirán mis propuestas el grado de solvencia que les sea dable alcanzar.

En términos retóricos, la independencia política de Hispanoamérica fue la culminación de una narrativa de factura criolla centrada en la supuesta relación indisoluble entre Hispanoamérica y el futuro, y a la que me referiré como la «narrativa de la futuridad». Esto se advierte en el hecho de que los argumentos en favor de la independencia se fundamentaban tanto en las quejas contra los abusos del poder colonial español como en el alegato raigal de que España estaba irremediabilmente atada a un pasado que se consideraba entonces ajeno a la esencia y necesidades de Hispanoamérica.<sup>1</sup> Es significativo, desde esta perspectiva, que poco después de comenzar la contienda emancipadora, la etiqueta de «Nuevo Mundo» fuera reactivada para referirse a

<sup>1</sup> José Luis y Luis Alberto Romero han editado una importante colección en dos volúmenes de textos y manifiestos producidos por la causa separatista que no deja duda al respecto. Véase Romero y Romero 1985.

las colonias españolas y que esta tuviera amplia circulación luego de pasar siglos en el olvido.<sup>2</sup> Pero, el uso de este esquema histórico que proyectaba al futuro la realidad integral del continente recién liberado tuvo consecuencias portentosas que se manifestarían por mucho tiempo a partir de ese momento.<sup>3</sup> Estas ramificaciones se tornan visibles al comparar la experiencia poscolonial de las antiguas colonias españolas con la de otras naciones del globo al momento de lograr su liberación del yugo metropolitano.

Lo que dicha comparación nos revela inmediatamente es la diferencia esencial del caso hispanoamericano, una especificidad que a mi ver es directamente atribuible a la articulación de la narrativa de la futuridad por parte de la intelectualidad criolla del continente. La situación poscolonial hispanoamericana difiere esencialmente de otras situaciones parecidas en que en Hispanoamérica se dio el deseo de identificar a los nuevos países con el futuro en vez de con una realidad cultural autóctona que habría precedido a la imposición del régimen colonial, como ocurrió en otras situaciones. Por eso, el concebir la circunstancia hispanoamericana como una condición poscolonial es problemático porque lo que es quizás el impulso más poderoso de la revuelta colonial (y asimismo el principio ordenador de la realidad poscolonial) es interpretar el periodo de ocupación colonial como una suerte de paréntesis histórico, como una interrupción o hiato que, una vez acabado, permitiría a la cultura colonizada el retomar el hilo de su experiencia histórica que esta se vio forzada a abandonar. Esta diferencia esencial de la situación poscolonial hispanoamericana solo se ha vuelto visible en los últimos años y todavía estamos explorando sus muchas consecuencias.

En esta narrativa ideológica producto de la hegemonía criolla, las poblaciones indígenas del continente recibieron el mismo trato que sus antiguos opresores españoles. A ellos, al igual que a los españoles, se les descartó al ser ambos relegados a lo pretérito; al ser asignados a lo que desde la perspectiva de esta narrativa de la futuridad solo puede ser descrito como el no-lugar del pasado. Mediante esta maniobra, a España y todo lo asociado con ella se le dio una localización temporal arcaica y estática, lo cual es exquisitamente irónico pues las políticas liberales y de avanzada de las administraciones metropolitanas de la segunda mitad del siglo XVIII habían sido ardientemente rechazadas por los criollos entonces en ascenso y luego victoriosos.<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> Véase la «Carta de Jamaica» de Simón Bolívar (1815), en la que la etiqueta de «Nuevo Mundo» alterna con «América» para hacer referencia a las posesiones españolas del hemisferio occidental. En Bolívar 1985: 83-99. Diez años antes, en su famoso «Juramento de Roma», Bolívar había argüido que el «enigma» de la libertad humana solo se resolvería al fin en el «Nuevo Mundo» (Bolívar 1985: 4).

<sup>3</sup> La idea de que el Nuevo Mundo ofrecía oportunidades ilimitadas de ascenso social no desapareció con la disolución de los vínculos políticos con España, como lo atestiguan las sucesivas oleadas de inmigrantes españoles que se desplazaron a las antiguas o restantes colonias españolas durante el siglo XIX y principios del XX. El trabajo de James D. Fernández sobre la figura del indiano en las letras del siglo XIX español (que su autor gentilmente me ha mostrado) contiene una consideración muy sugestiva de estos temas.

<sup>4</sup> Como resume Claudio Véliz: «These measures were not the outcome of a successful agitation by mercantile circles in the colonies, but on the contrary, were based on the economic ideas of Charles III's

La narrativa del futuro no admitía ningún pasado excepto para marcar su distancia de él, y, en ella, el presente solo era un anticipo incompleto de lo por venir. Esta perspectiva a veces encuentra su expresión en afirmaciones de identidad que paradójicamente proponen una no-identidad, como en la famosa frase de Bolívar: «Nosotros, que no somos nada y que empezamos a ser [...]» («Carta al General Santander» (1825), en Bolívar 1985: 182). Sin embargo, hay que reconocer que esta narrativa inauguró un espacio retórico amplio para la formulación de nuevas narrativas de la nacionalidad, al menos cuando se la compara con los límites más estrechos de la situación poscolonial paradigmática, la cual se articula tradicionalmente como la recuperación de orígenes presumiblemente autóctonos.<sup>5</sup> Por otro lado, esta riqueza de posibilidades y la apertura del espacio discursivo así instaurado también acarrearían ansiedades y dificultades insospechadas.

La narrativa del futuro, en sus varias transformaciones, sirvió para importantes propósitos ideológicos durante los periodos colonial y poscolonial en Hispanoamérica. Pero la dependencia en ella para cumplir con esas imperiosas necesidades ideológicas creó simultáneamente un compromiso insoslayable con el discurso del futuro y su retórica que se extendió mucho más allá del periodo de lucha anticolonial contra España. He ahí el origen de la identificación de los nuevos países con la modernidad, pues el concepto del tiempo y de la historia que sirve de eje a la modernidad coincidía perfectamente con la narrativa de la futuridad hispanoamericana. La modernidad se convirtió, desde el comienzo, en el grito de guerra de las repúblicas hispanoamericanas porque su repertorio narrativo engarzaba perfectamente con las exigencias retóricas del mito cultural de la futuridad que había sido forjado para rebatir el discurso hegemónico español.

Pero, para comenzar a apreciar la profundidad de este compromiso con lo moderno y sus repercusiones, hay que recordar que la independencia política no solo significó para Hispanoamérica el final del colonialismo español, sino también su entrada en una situación de dependencia neocolonial en el contexto configurado por la expansión imperialista europea en el siglo XIX. Inmediatamente después de la Independencia, las potencias imperialistas europeas —y en grado menor pero siempre creciente también los Estados Unidos— penetraron en Hispanoamérica rápida y efectivamente, siguiendo un guión que no necesito resumir pues es de conocimiento de todos. La devastación producida por las guerras de emancipación, así como la necesidad de construir una infraestructura económica viable —aunque fuera una que permitiera a los nuevos países reclamar cuando menos un lugar periférico en el sistema mercantil prevaleciente— impuso inmediatamente la dependencia respecto del capital extranjero para impulsar el desarrollo interno.<sup>6</sup> Este tipo de penetración neocolonial

---

ministers, principally Campillo and Campomanes and were decreed by the metropolis against the wishes of the local traders». En Véliz 1980: 126-27. Véase también el artículo de Brian R. Hamnett s/a: 39-62.

<sup>5</sup> No arguyo que los resultados fueran efectivamente nuevos, sino que esa percepción (y esa expectativa) influye mucho en los resultados.

<sup>6</sup> Para un resumen de los problemas económicos ocasionados por la independencia de las nuevas repúblicas, véase Bushnell y Macaulay 1994. Véase también Dawson 1990.

tenía la ventaja insidiosa de ser prácticamente invisible, en tanto se manifestaba como acuerdos, préstamos y garantías establecidas entre naciones presuntamente soberanas o entre naciones soberanas y *trusts* extranjeros, una fórmula que tornaba innecesaria la ocupación colonialista que esas mismas naciones europeas efectuaban contemporáneamente en otras zonas del mundo. El resultado económico para Hispanoamérica fue, sin embargo, el mismo que en esos otros escenarios coloniales: la región fue rápidamente relegada a la periferia de un sistema económico y comercial que tenía miras globales y ambiciones territoriales correspondientes.

Este orden internacional de cosas buscó otorgarle a la jerarquía centro / periferia legitimidad económica, espacial y cultural mediante una serie de narrativas ideológicas que intentaron naturalizar esa jerarquía que en realidad había sido creada por la relación económica antes descrita. La más significativa de estas narraciones lo fue, claro está, el mito de la modernidad: la creencia de que existían focos metropolitanos desde los cuales emanaba lo moderno, cuya expansión por el tiempo y el espacio transformarían finalmente el orden material y cultural de aquellas sociedades y culturas que languidecían en los confines del globo —siempre y cuando estas fueran receptivas a su influjo benéfico—. Podría alegarse, incluso, que la Modernidad fue el tropo maestro de la hegemonía Occidental —el que proveyó la base para todas las otras categorías movilizadas por la *ratio* del discurso de dominación metropolitana—. Porque la imposición de una cronología universal hizo posible anular las temporalidades locales en toda su heterogeneidad, lo que a su vez permitió la aplicación del rasero necesario para poder emitir juicios comparativos entre culturas diferentes. En este sentido, la modernidad es más que una categoría: es una operación de exclusión que siempre ha ocurrido de entrada.

En toda situación colonial, las clases dirigentes que fueron desplazadas o supeditadas al papel de mediador por la llegada de la potencia colonizadora finalmente logran articular un conjunto de estrategias que cuestionan progresivamente la autoridad metropolitana y sus instituciones legitimadoras. Este es el proceso que culmina históricamente con la expulsión del poder colonial luego de una larga y complicada lucha anticolonial, y que se ha manifestado en las varias oleadas de descolonización que caracterizaron los últimos dos tercios del presente siglo. Sin embargo, en el siglo XIX hispanoamericano, esta situación fue mucho más compleja y ambigua, pues las directrices fundamentales de la narrativa de la futuridad en que se fundamentaba la esencia cultural y la especificidad de las nuevas repúblicas armonizaba, en vez de estar en disonancia, con el mito de la modernidad que sustentaba la legitimidad y el prestigio de la metrópoli. Por lo tanto, en el momento en que el intelectual hispanoamericano hacía un reclamo contestatario de especificidad y diferencia cultural, lo hacía movilizándolo una retórica que inevitablemente reforzaba los mitos culturales de superioridad metropolitana. Así, lo que debía haber sido un espacio de resistencia se vio anulado por su dependencia en tropos culturales que este compartía con su antagonista retórico. Esta es la contradicción medular del discurso cultural hispanoamericano y lo que ha determinado hasta muy recientemente su contorsionada intensidad.

Además, la condición de ser económica y culturalmente periférico con respecto a la metrópoli representó otra dificultad para el escritor hispanoamericano. Dadas las realidades objetivas del nuevo continente —economías agrícolas semif feudales, la esclavitud en apogeo en algunas zonas, masas analfabetas de indios, negros, mulatos y mestizos, una vida urbana precaria, inestabilidad política—, la realidad circundante hispanoamericana estaba siempre en peligro de convertirse en el objeto negativo de lo que prescribía el conocimiento occidental, al borde siempre de ser considerado ejemplo de una desviación fuera de la norma formulada por esos discursos metropolitanos de la modernidad que eran ellos mismos manejados y citados por los intelectuales hispanoamericanos. Esta situación constituyó, asimismo, un peligro para estos escritores: la amenaza de dejar de ser detentores de un discurso y pasar a ser su objeto en vez. De este modo, la retórica de la modernidad fue tanto la piedra angular del discurso cultural hispanoamericano como la fuente potencial de su más radical deslegitimación.

La adopción de los discursos de la modernidad colocó a los escritores hispanoamericanos en una situación retórica avasalladora, pues tanto ellos como su realidad estaban siempre en peligro de cambiar de la posición de sujeto a la de objeto de su propio discurso. Como consecuencia, su autoridad discursiva se encontraba constantemente amenazada por esta ambigüedad con respecto a su localización gramática y epistemológica dentro de su propia elocución. Para enfrentarse a esta situación imposible que implicaba el socavo continuo de su autoridad retórica, los intelectuales y escritores hispanoamericanos tuvieron que encontrar modos de subvertir la autoridad de esos discursos de la modernidad que ellos mismos manejaban ostentosamente. En términos generales, esta subversión puede describirse como la apertura de una dimensión en el texto en la que la modalidad discursiva que lo organiza es desestimada, contradicha o puesta en suspenso de algún otro modo. El resultado es que, aun cuando el texto aboga por la adopción de la ideología y los valores de la modernidad, el escritor hispanoamericano simultáneamente procede a delimitar un espacio irreducible a esas coordenadas como una estrategia para enfrentarse a la amenaza contra su autoridad retórica con que constantemente lo confrontaba el discurso de la modernidad.

Esta encontrada situación retórica se manifiesta textualmente en que la obra adopta una fórmula retórica identificada con lo moderno y, a la vez, procede a discurrir de tal modo que se sugiere que esa modalidad retórica de algún modo es inconmensurable con la circunstancia hispanoamericana. El resultado de esta maniobra textual es una diferencia retórica raigal que reside en el fuero interno del texto hispanoamericano —un desdoblamiento y apartarse de sí mismo que delata su incongruente situación retórica—. El texto hispanoamericano se halla en un nivel u otro enfrascado en este reclamo de excepción con respecto a la modernidad, un reclamo que expresa una voluntad retórica de poder, un intento de conjurar la impotencia retórica con que la modernidad amenazaba al escritor hispanoamericano a cada paso: una estrategia designada para apuntalar unos cimientos retóricos que permitieran alcanzar una posición de autoridad en medio de la dificultosa situación retórica antes esbozada, una estratagema para autorizar retóricamente al escritor hispanoamericano frente a la

amenaza de deslegitimación de su discurso que representaba la modernidad. Así pues, el texto hispanoamericano arguye vehementemente a favor de la modernidad, mientras que a la vez revela en múltiples maneras su toma de distancia de las demandas de la retórica de la modernidad como una manera de sustentar su poder discursivo. Por eso, el discurso de la modernidad constituye tanto el meollo del texto hispanoamericano como el centro del cual este debe alejarse en una huida centrífuga para preservar su autoridad retórica. La particularidad de la situación poscolonial hispanoamericana se fundamenta en este ambiguo y radical movimiento que va hacia la modernidad y busca alejarse de ella simultáneamente.

La distorsionada especificidad del caso hispanoamericano puede entenderse también haciendo referencia a la división fundamental que sirve —según Partha Chatterjee— para dar fundamento a la lucha anticolonial al igual que al periodo de descolonización posterior a la independencia, argumento que aparece resumido en la siguiente cita:

El nacionalismo anticolonial crea su propio campo de soberanía dentro de la sociedad colonial mucho antes de comenzar su lucha política con el poder imperial. Lo hace dividiendo el mundo de las instituciones y prácticas sociales en dos campos —el material y el espiritual. El material es el campo del «afuera», de la economía y del gobierno, de la ciencia y la tecnología, un contexto en que Occidente ha demostrado su superioridad y el Este ha sucumbido. En este campo, pues, la superioridad Occidental debe ser aceptada y sus logros estudiados cuidadosamente y duplicados. El campo espiritual, sin embargo, es un reino «interno» que contiene las huellas de una identidad cultural esencial. Por lo tanto, mientras más éxito se tenga imitando los logros occidentales en lo material, más necesidad habrá de preservar la especificidad de la cultura espiritual propia. Esta fórmula es, a mi ver, característica principal de los nacionalismos anticoloniales en Asia y Africa. (Chatterjee 1993: 6)

La dificultad que entraña el caso hispanoamericano estriba precisamente en la incapacidad de articular claramente la división de lo social en los dos campos descritos por Chatterjee. En Hispanoamérica no había —o mejor dicho, se imposibilitó que hubiera— una esfera autóctona que se pudiera oponer a Europa como una estrategia de contención, pues la identidad cultural se había comprometido resolutamente con la modernidad. Esa escisión se produce en otro nivel discursivo, esto es, en la propia estructura retórica del texto. En efecto, mi argumento podría muy bien repostularse en los términos de la propuesta de Chatterjee: el cisma que según él organiza la resistencia colonial y el universo poscolonial se articula en el texto hispanoamericano como una disyunción retórica. La resistencia cultural se ejerce, entonces, en un espacio creado por el texto en sí y en contra de sí, antes que en una esfera social contestataria reconocida como tal colectivamente. Pero esta circunstancia hace muy difícil la determinación de la posición del sujeto que escribe con respecto a los discursos hegemónicos.

La tesis que deseo sustentar en lo que queda de esta presentación es que la irrupción política, militar y económica de los Estados Unidos en el panorama histórico hispa-

noamericano tuvo importantes consecuencias para esta enmarañada situación retórica que acabo de describir. Concretamente, quisiera proponer que esa intervención fue apropiada retóricamente por la intelectualidad hispanoamericana mediante un genial acto creador de exégesis cultural; una estratagema que representó una aparente salida, una «solución» al atolladero ideológico a que se condenó a sí misma la elite intelectual de Hispanoamérica mediante su compromiso a ultranza con la modernidad. Acto seguido, paso a describir las directrices medulares de esta estrategia para luego analizar dos textos raigales del momento histórico que nos concierne en que se advierten claramente —a mi ver— las huellas de su alabeada y espinosa puesta en práctica.

Tomando como punto de arranque el pasaje antes citado de Chatterjee, quisiera proponer a manera de tesis provisional que la guerra hispano - cubano - americana y su desastroso desenlace para España crearon, por otro lado, las condiciones para la formulación efectiva de la dicotomía esencial señalada por él. Dadas las circunstancias retóricas que he señalado anteriormente, el discurso poscolonial hispanoamericano estaba constitutivamente impedido de articular un discurso contestatario fundamentado en lo propio, pues su compromiso con la modernidad lo obligaba —al menos epidérmicamente, como ya he dicho— a la cita y al remedo del discurso de la metrópoli. Si la diferencia radical de Hispanoamérica la constituía su modernidad, su compromiso con el futuro, se hacía muy difícil instituir a las claras el acto medular de deslinde atribuido por Chatterjee al discurso poscolonial por la naturaleza porosa del límite entre el discurso propio y el occidental que caracterizaba la circunstancia discursiva hispanoamericana. Pero la irrupción de los Estados Unidos en el encuadre histórico del fin de siglo —el hecho de que desde ese momento en adelante los Estados Unidos se convirtieran en el nuevo ícono de la modernidad— le permitió a la intelectualidad hispanoamericana proyectar esta compleja problemática a un plano continental y movilizar todas las oportunidades discursivas que esa jugada retórica potenciaba. Tal replanteamiento hizo posible el deslinde de la realidad hispanoamericana en dos zonas contrapuestas que nos remiten al esquema antes citado. La una es aquella en que se instalan todos los atributos de la hegemonía norteamericana: los avances tecnológicos y científicos, la disposición democrática de las instituciones estatales, la economía de mercado irrestricto, las masas, etc. La otra hace acopio de las características que se suponen intrínsecas al espíritu hispanoamericano: la espiritualidad exaltada, la selección y el buen gusto, el heroísmo individual, la honra, el trato humano caluroso, etc. Las cualidades que se oponen en esta dicotomía radical no sorprenderán a nadie, pues en un sentido lato esta última resume conceptos y categorías que han adquirido para nosotros y desde hace ya mucho la contundente transparencia del estereotipo. Pero lo que me interesa subrayar es —para comenzar— su carácter artificial por un lado, pero, por otro, también las huellas que esta estrategia habilitadora dejó a su paso en los textos más importantes que se produjeron a partir y desde los sucesos históricos del 1898 en Hispanoamérica.

Creo advertir esos indicios en dos obras que marcaron cada una a su manera, pero de cualquier modo contundentemente, el comienzo de nuestro siglo veinte hispanoamericano: el *Ariel* de José Enrique Rodó y el poemario *Cantos de vida y esperanza*

de Rubén Darío. La lectura más superficial de dichos textos —la canónica— ha recalcado siempre su andamiaje dicotómico, fundamentado en la revaloración de una herencia hispana —que en el caso particular de Rodó se traducía en preconizar una difusa latinidad— de la cual los hispanoamericanos debían considerarse legítimos herederos y acreedores. Por su parte, el *Ariel* remonta esa línea genealógica cultural hasta la Grecia y Roma clásicas pasando por una Edad Media que a su vez la enriqueció, según el propio autor, con el aporte espiritual del cristianismo. Para Rodó, este decurso sienta la tónica fundamental de la incompatibilidad de Hispanoamérica con el proyecto panamericanista que ya desde unos diez años antes de la publicación de su obra venían propulsando los Estados Unidos en el continente, pues la filiación anglosajona de los Estados Unidos los destinaba a una perspectiva existencial e histórica intraducible para el alma hispanoamericana. Darío incide en *Cantos de vida y esperanza* en la exaltación de esa misma herencia hispana en célebres poemas como «Salutación del optimista», «Cyrano en España», «A Roosevelt», «Los cisnes» y en otros en que aparecen protagónicamente las figuras de Góngora, Velázquez, Cervantes, Colón, Goya, el Marqués de Bradomín y Don Quijote. Con espíritu más combativo que Rodó, a quien la elegancia estilística le prohibía el exabrupto panfletario, Darío imprecaba en pie de guerra contra la avalancha histórica de una hegemonía norteamericana que siente posiblemente inevitable: «Mañana podremos ser yankis (y es lo más probable)» dice en la introducción a *Cantos de vida y esperanza*, a la vez que pregunta retóricamente en el primer poema del ciclo de los cisnes: «¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?».

Hay que recalcar, sin embargo, que ese rescate y reafirmación de la herencia hispana del continente representa una desviación significativa de lo que fue habitual en el discurso cultural hispanoamericano decimonónico hasta muy finales del siglo. Porque a todo lo largo de esa centuria todavía encontramos innumerables alegatos vehementes contra España, los cuales, a pesar de haber perdido la estridencia y vituperio que los caracterizaba durante la lucha por la independencia, aún evidenciaban un desprecio exquisito por la antigua metrópoli. La mayor parte de ellos se esmeraba en achacarle los males de todo tipo que aquejaban a las nuevas repúblicas al agobiante saldo político, económico y cultural que había dejado España en sus antiguos territorios. El gesto reivindicador de lo hispánico que se advierte en el *Ariel* y en la llamada segunda etapa de la producción poética de Darío y que tiene un antecedente importante, y, por desgracia, no muy bien estudiado, en la *Peregrinación de Bayoán* de Hostos adquirirá carácter programático y continental a partir de la intervención de los Estados Unidos en el conflicto armado hispano - cubano. De ahí surge también la defensa y afirmación de la lengua española como vehículo de expresión que tanto preocuparía a los intelectuales hispanoamericanos durante los primeros cincuenta años del presente siglo, así como la institucionalización de efemérides tales como el Día de la Raza, cuyo propósito era la celebración de esa mancomunidad esencial integrada por los países hispanos de América y España. Esto explica también que la celebración continental del Centenario de la Independencia en 1910 se tornara paradójicamente en una afirmación de lo que las nuevas repúblicas tenían en común con

su antiguo adversario. Sobra decir que el concepto de España que esta propuesta ideológica propulsaba se hizo eco —a la vez que apoyó— de la amputación reductiva de lo hispánico a lo castellano *tout court* que llevó a cabo la intelectualidad española del momento.

Resumo: el redescubrimiento y recuperación asertiva de su filiación hispánica le permitió a la intelectualidad hispanoamericana instituir un deslinde del campo cultural en dos territorios mutuamente excluyentes. La dicotomía entre lo espiritual y lo material a que apunta Chatterjee como estrategia vertebradora del discurso poscolonial se tradujo en Hispanoamérica en una oposición entre lo hispánico por una parte (o latino en el caso de Rodó y otros) y lo norteamericano por otra. En ella, lo hispánico adquirió la impronta de lo espiritual ante el «incuestionable» materialismo utilitario de la sociedad estadounidense. De este modo, se logró instaurar una dinámica retórica habilitadora que había sido imposible instituir durante casi un primer siglo de vida política independiente y de existencia económica neocolonial, realidad esta última que se escondía tras la fachada de las presuntas independencias nacionales. Digo habilitadora porque la proyección de esta problemática poscolonial retórica al plano continental permitió la creación de un espacio discursivo contestatario. Pero, por otro lado —y en esto se funda mi argumento—, la designación de lo hispánico como vértice raigal de lo hispanoamericano acarreó también dificultades insospechadas para los intelectuales de Hispanoamérica. Bastará recordar que el compromiso con la modernidad que sirvió de andamiaje retórico al discurso hispanoamericano durante y después de la independencia había relegado inapelablemente a España a un pasado anacrónico, y con respecto al cual existía, también sin recurso posible, una abisal solución de continuidad, para no hablar de las varias intenciones españolas de recuperar sus prerrogativas coloniales en Hispanoamérica durante el siglo XIX o de la violenta represión española manifestada durante el conflicto colonial de fin de siglo. Si bien la identificación de lo hispanoamericano con lo español permitió, por una parte, la instauración de un discurso de lo propio, también es cierto, pues, que esa maniobra introducía a su vez una disonancia estridente en la topología discursiva del continente. Porque para postular una continuidad con lo hispánico era necesario recuperar la historia y abolirla simultáneamente. Inevitablemente, España tendría que dividirse en dos para satisfacer las necesidades retóricas que imponía esta reinterpretación esquizofrénica de la realidad cultural hispanoamericana. Bien examinado, lo que hacen los intelectuales hispanoamericanos es proyectar sobre España la dicotomía entre lo espiritual y lo material —y crean así dos Españas, la buena y la mala— para luego reprimir el segundo término de la díada. En un texto escrito al calor de los acontecimientos del 1898 titulado «El triunfo de Calibán», vemos claramente esta estrategia retórica en acción. En él, Darío pretende curarse en salud, contestando prolépticamente al posible reparo lanzado en forma de pregunta retórica:

¿Y usted no ha atacado siempre a España? Jamás. España no es el fanático curial, ni el pedantón, ni el dómine infeliz, desdeñoso de la América que no conoce; la España que yo defiendo se llama Hidalguía, Ideal, Nobleza; se llama Cervantes, Quevedo, Góngora,

Gracián, Velázquez; se llama el Cid, Loyola, Isabel; se llama la Hija de Roma, la hermana de Francia, la Madre de América. (Arellano 1983: 89)

En el *Ariel* y en *Cantos de vida y esperanza*, se advierten las marcas textuales indelebles de la puesta en escena de esa encontrada estratagema retórica en que lo hispanoamericano es identificado con lo español. A mi ver, la lectura cuidadosa revela en ambas lo que podríamos llamar metafóricamente un «momento» que representa —y uso el verbo palmariamente en su acepción teatral aquí— la institución de esa estructura dicotómica que dará pie a esa habilitadora y a la vez conflictiva organización del campo epistemológico hispanoamericano; un momento en que se constituye una interioridad que se opondrá *a fortiori* a un afuera lastrado por la negatividad, la inconsecuencia y lo contingente. En lo que atañe al *Ariel*, me refiero a la fábula alegórica del rey hospitalario, la cual podría argüirse —como otros ya lo han hecho— que constituye el eje alrededor del cual gira el argumento medular de la obra.

Como recordará cualquier lector del texto, el maestro Próspero invoca la fábula con el propósito de aleccionar a sus discípulos sobre el concepto de la interioridad ineludible del alma individual. Su inclusión en el *Ariel* pretende demostrar la necesidad de construir y de preservar una dimensión interior que no sea susceptible de ser contaminada por el contacto necesario con los otros; un recinto al cual el individuo pueda retirarse a reconcentrar sus fuerzas luego de la inevitable dispersión a que tenderá siempre a arrastrarlo la vida social. El pasaje a que apunto —y que cito prácticamente en su totalidad por la importancia que rezuma— reza como sigue:

Encuentro el símbolo de lo que debe ser nuestra alma en un cuento que evoco de un empolvado rincón de mi memoria. Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado e ingenuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición le llamó después, en la memoria de los hombres, el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A desvanecerse en ella tendía, como por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo. Todo era libertad y animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos formaban corro los pastores cuando consagraban a rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos; y frescos grupos de mujeres disponían, sobre trenzados juncos, las flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhoneros de Damasco, cruzaban a toda hora las puertas anchurosas, y ostentaban en competencia, ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto a su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al mediodía para recoger las migajas de su mesa; y con el alba, los niños llegaban en bandas bulliciosas al pie del lecho en que dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol [...] Y una libertad paradisíal, una inmensa reciprocidad de confianza, mantenían por dondequiera la animación de una fiesta inextinguible. Pero dentro, muy dentro, aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales, oculta a la mirada vulgar —como la «perdida iglesia» de Uhland en lo esquivo del bosque— al

cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que a nadie era lícito poner la planta, sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior, una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórfido y conmover una onda del aire en la prohibida estancia. Religioso silencio velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz, que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste. Nunca reinó tan honda paz; ni en oceánica gruta, ni en soledad nemorosa. Alguna vez, cuando la noche era diáfana y tranquila, abriéndose a modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernerse en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flotaba como una onda indisipable la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio ser. Graves cariátides custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silenciario. En los testereros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo [...] Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando a nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre, sólo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos eran convidados impalpables y huéspedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad, el rey legendario; en él sus miradas se volvían a lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos como las guijas lavadas por la espuma; en él se desplegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis [...] Y luego, cuando la muerte vino a recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre; para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Thule de su alma.

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado, a todas las corrientes del mundo, exista en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que a nadie más que a la razón serena, pertenezca. Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres. No lo son quienes, enajenando insensatamente el dominio de sí a favor de la desordenada pasión o el interés utilitario, olvidan que según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión. (Rodó 1975: 52-56)

La exégesis alegórica llevada a cabo por el propio maestro es ejemplar. Las alusiones al mercado y las metáforas derivadas de la economía, por un lado, y el silencio absoluto del recinto interior del alcázar real, por otro, nos revelan la instauración de esa dicotomía entre el mundo de lo material y el de la espiritualidad. Pero quisiera examinar la constitución textual de ese *locus* interior que se privilegia en la fábula. Porque si leemos el pasaje antes citado con detenimiento advertiremos que ese reducto interior, ese espacio que debe representar metafóricamente el fuero inviolable e inconsútil del individuo es un notable desencuentro. Y no se trata solo de subrayar las contradicciones en que incurre la obra en su descripción del misterioso seguro: el hecho, por ejemplo, de que el recinto que se describe como hermético sin embargo

también abra «cuando la noche era diáfana y tranquila... a modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre». Me refiero a que la formulación discursiva de ese espacio está lastrada por la imposibilidad de su propia constitución.

Nótese, para empezar, que el reino interior de la fábula se desdobra, de tal modo que su descripción incorpora el afuera con respecto al cual el recinto interior debería adquirir su integridad. Próspero explica así a sus alumnos el significado alegórico de la fábula: «Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado, a todas las corrientes del mundo, exista en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos». O sea, el reino interior de los alumnos se subdivide a su vez en un afuera y un adentro en la interpretación alegórica del maestro. Agréguese a esto el hecho de que en esa cámara recóndita que se supone es consustancial con la esencia más profunda del rey, este es en ella solo un inquilino de paso: «Y luego, cuando la muerte vino a recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre; para siempre abismada en su reposo infinito». Se advierte en esta descripción la afirmación y negación simultánea de la historia antes señalada: por un lado, el rey es solo un huésped más, uno de una larga lista de monarcas, pero con su muerte el palacio deviene mudo y desocupado. Estas paradojas tocantes a la constitución de ese fuero interno apuntan a la dificultad de instituir el deslinde que serviría de fundamento al discurso hispanoamericano de fin de siglo, dificultad que nos remite al problemático estatus de una definición de lo hispanoamericano fundamentada en una recuperación de la herencia española del continente.

En *Cantos de vida y esperanza*, advertimos igualmente los indicios de ese «momento» en que se estatuye la estrategia discursiva que nos ocupa. Es a todas luces evidente que en la producción de Darío a partir de este poemario —el primero que sigue al conflicto de fin de siglo— sobreviene una transformación radical, hasta el punto de que se habla comúnmente de una «segunda etapa» de su praxis poética y, dado el arrastre señero de la figura de Darío, también del modernismo como modalidad literaria. Y lo cierto es que muchos de los poemas que integran esta colección se esfuerzan por dar cuenta de y por defender esa transformación. *Cantos de vida y esperanza* es pasible de ser leído así como un largo poema de arte poética en que la voz del poeta asume la postura confesional y la distancia crítica ante el propio ser que es típica del género autobiográfico: «Así era yo ayer, esto soy hoy, y soy mejor poeta por ello». La primera estrofa del famoso poema con que abre la colección marca claramente la pauta en lo que a esto concierne, con sus alusiones explícitas a *Azul* y *Prosas profanas*, los importantes poemarios que le preceden en la obra dariana:

Yo soy aquél que ayer no más decía  
 El verso azul y la canción profana,  
 en cuya noche un ruiseñor había  
 que era alondra de luz por la mañana. (Darío 1976: 25)

El mismo gesto de tomar distancia de una praxis poética ahora desautorizada y superada se trasluce en el poema XVII de la colección, titulado «De otoño»:

Yo sé que hay quienes dicen ¿Por qué no canta ahora  
con aquella locura armoniosa de antaño?  
Ésos no ven la obra profunda de la hora,  
la labor del minuto y el prodigio del año.

Yo, pobre árbol, produje, al amor de la brisa,  
cuando empecé a crecer, un vago y dulce son.  
Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa:  
¡Dejad al huracán mover mi corazón! (Darío 1976: 126)

Quisiera proponer que en *Cantos de vida y esperanza* se efectúa una versión poética de lo que acontece en la fábula del rey hospitalario en el ensayo de Rodó. Esto es, mediante el planteamiento de una transformación radical de la voz poética, Darío pretende constituir un espacio interior al cual se le otorgará la virtud de ser más genuino, más medular, más cónsono con la verdad esencial del poeta. Así, lo que se articula en el *Ariel* como una dialéctica espacial del afuera y el adentro, en *Cantos de vida y esperanza* se despliega como una escisión radical del ser poético: por un lado, una máscara que se corresponde con una visión de la poesía que se ha dejado atrás, y otra —la presente— que se juzga superior como vehículo para la expresión de la subjetividad raigal del poeta. El recinto secreto y vedado a los otros que se erige en el centro del alcázar de la fábula de Rodó será en *Cantos de vida y esperanza* el espacio presente desde el cual surgirá el nuevo discurso poético dariano.

Pero al igual que ocurre en el *Ariel*, la articulación de esta interioridad en *Cantos de vida y esperanza* deviene problemática y disgregadora. Porque el examen del universo textual que es potenciado por esa nueva máscara poética nos lo revela como un espacio convulso y escindido él mismo, antes que integrador y productivo. Esta cualidad se anuncia ya desde el título de la colección, en el cual la cópula irónicamente no apunta a una síntesis sino a la conjunción inestable e inarmónica de dos categorías que el poemario mostrará disímiles. Como libro, *Cantos de vida y esperanza* está muy bien nombrado, pues los poemas que en él se incluyen oscilan entre la afirmación exaltada y febril de una esperanza que se intuye en diversas circunstancias —piénsese en «Canto de esperanza», «Spes», «Salutación del optimista», «Salutación a Leonardo», «¡Aleluya!», etc.— y la igualmente apasionada descripción de una existencia que se siente transida de angustia, incertidumbre y sinsentido —habría que incluir los poemas «Nocturno», «¡Oh, miseria de toda lucha por lo finito!», «Ay, triste del que un día», «Augurios», «Melancolía» y los desgarradores textos de «Nocturno» y «Lo fatal»—. Ambas perspectivas coexisten en un mismo espacio textual que, sin embargo, no busca armar una dialéctica o acomodo de ningún tipo entre ellas, de modo que el poemario se torna en una *performance* o actuación poética a dos voces que jamás alcanzan a establecer un contrapunto. Este nuevo reino interior que se pretende más auténtico está constituido paradójicamente por una disyunción

esencial que lo fractura de arriba abajo —por un deslinde que lo recorre de lado a lado y lo condena a ser un ineficaz entramado poético—. Porque no existe una poética que puedaacomparar las dos vertientes textuales que se conjugan en *Cantos de vida y esperanza*: su nota desafiante y esperanzada, por un lado, y sus acordes tétricos y angustiosos, por el otro. Y es que —al igual que vimos en Rodó— si la historia es incorporada en *Cantos de vida y esperanza* como la transformación del yo poético, como la sucesión en el tiempo de dos maneras de poetizar, la dinámica interna del texto se encargará de dar al traste con el reclamo de superioridad y madurez poética con que se representa ese desplazamiento del ser. La historia literaria refleja esta circunstancia en su desapego a la producción poética de Darío desde *Cantos de vida y esperanza* en adelante, la cual se invoca ritualmente para constatar un compromiso con lo continental que es solo posible sustentar desoyendo ese registro melancólico que, una vez hace su aparición en *Cantos de vida y esperanza* será una constante presencia en la obra posterior de Darío —una inasimilable nota discordante en medio de los exaltados panegíricos nacionalistas que se sucederán hasta su muerte en 1916—.

Así, tanto el *Ariel* de Rodó como el texto de Darío escenifican, cada uno a su manera, metafóricamente la dicotomía fundamental en que se fundamentaba su proyecto ideológico hispanófilo. Pero su escenificación de la creación de un espacio interior privilegiado que debía dar legitimidad a su discurso es puesta en jaque por la manera en que el texto efectúa la articulación retórica de ese espacio. De ese modo, ambas obras incorporan su conocimiento de las dificultades inherentes a esa manioobra retórica de definición cultural a la cual ellas, sin embargo, contribuyeron significativamente. Estas paradojas tocantes a la constitución de ese fuero interno apuntan a la dificultad de instituir el deslinde que servirá de fundamento al discurso hispanoamericano de fin de siglo, dificultad que nos remite a lo problemático de una definición de lo hispanoamericano fundamentada en una recuperación de la herencia española del continente. Esas contradicciones internas subrayan también la violencia del acto constitutivo de deslinde que aparece cifrado en ambos textos, una violencia que, debido a que se presentaba como la afirmación de una identidad esencial que se oponía a los designios de un agresor histórico avasallador, hemos reprimido, a la que le hemos otorgado proporciones heroicas, y que quizás incluso celebramos este año.

### *Bibliografía*

ARELLANO, Jorge Eduardo (ed.)

1983 *Prosas políticas*. Managua: Ministerio de Cultura.

BOLÍVAR, Simón

1985 *Doctrina del Libertador*. Caracas: Ayacucho.

BUSHNELL, David y Neill MACAULAY

1994 *The Emergence of Latin America in the Nineteenth Century*. Nueva York: Oxford University Press.

- CHATTERJEE, Partha  
1993 *The Nation and Its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*. Princeton: Princeton University Press.
- DARÍO, Rubén  
1976 *Cantos de vida y esperanza*. Madrid: Espasa-Calpe.
- DAWSON, Frank G.  
1990 *The First Latin American Debt Crisis*. New Haven: Yale University Press.
- HABER, Stephen (ed.)  
1997 *How Latin America Fell Behind: Essays on the Economic Histories of Brazil and Mexico, 1800-1914*. Stanford: Stanford University Press.
- HAMNETT, Brian R.  
s/a «Between Bourbon Reforms and Liberal Reforma: The Political Economy of a Mexican Province - Oaxaca, 1750-1850». En ANDRIEN, K. y Lyman JOHNSON (eds.). *The Political Economy of Spanish America in the Age of Revolution, 1750-1850*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 39-62.
- RODÓ, José Enrique  
1975 *Ariel*. Madrid: Espasa-Calpe.
- RODRÍGUEZ, Jaime E.  
1996 *La independencia de la América Española*. México: Fondo de Cultura.
- ROMERO, José Luis y Luis Alberto ROMERO  
1985 *Pensamiento político de la emancipación*. Caracas: Ayacucho.
- VASCONCELOS, José  
1966 *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana*. Madrid: Aguilar.
- VÉLIZ, Claudio  
1980 *The Centralist Tradition of Latin America*. Princeton: Princeton University Press.
- VERDÚ, Vicente  
1996 *El planeta americano*. Barcelona: Anagrama.